

davía hubiera podido serlo mucho más. Ora Espartero concibiese el plan, ora lo adoptase concebido por otros, manifestó bien á las claras que no conocía el carácter de aquella guerra; y si penetrado de sus inconvenientes se prestó á ejecutarlo, no mostró la firmeza que en semejantes circunstancias debe tener un general en jefe. El que lo era del ejército del Norte, podía siempre contar con mucha consideración de parte del gabinete de Madrid, por motivo de la alta importancia que había tomado la lucha en Navarra y Provincias Vascongadas: siempre que el general hubiese manifestado que una operación era muy arriesgada, y que con ella se iba á comprometer la causa, es bien seguro que las instancias habrían cesado, ó hubieran perdido de su tono imperativo. En todo caso, los deberes de un general en jefe son de una esfera superior á los de un subalterno; entre la obediencia ciega y la resistencia abierta, se le ofrece siempre un medio decoroso: sacrificar los atractivos de la ambición á los deberes del honor.

La dura lección que se acababa de recibir hizo que se cambiase el plan de operaciones, y que abandonando la idea de los ataques combinados, se adoptase el sistema de reunir la mayor parte de las fuerzas, y dirigirlas de un golpe sobre un punto importante. Resolvióse pues el ataque de la línea de Hernani. Pero es de notar que si bien Espartero se apoderó de ella sin mucho trabajo, fué por coincidir su operación con la salida de la expedición de D. Carlos; con lo cual quedaba la línea, si no abandonada, al menos muy desguarnecida.

Como quiera, formaremos concepto sobre la imprevisión con que por aquel tiempo eran dirigidas las operaciones, considerando que cabalmente se emprendía un ataque contra el Norte de las provincias, al mismo tiempo que el enemigo con numeroso y escogido ejército se encaminaba hacia el alto Aragón, amenazando dar un golpe decisivo á Cataluña, que á la sazón se hallaba muy desmantelada. Si la prudencia y habilidad del barón de Meer auxi-

liadas con el arrojo del general León, no hubieran quebrantado algún tanto el impetu del ejército carlista en los campos de Gra, si en el centro de Cataluña se hubiesen repetido las escenas de Huesca y Barbastró, en pocos días habría caído en poder de D. Carlos la mayor parte del Principado; y el ejército que despues de la batalla de Gra, del hambre de Solsona, y del revés de Chiva, conservó todavía bastantes fuerzas para hacer frente á las de Oráa, Espartero y Buerens, derrotar cumplidamente á este, y marchar sobre la capital, es probable que no se hubiera detenido con débiles tapias si saliendo de Cataluña victorioso y bien abastecido, hubiese podido marchar en derechura hacia Madrid.

Por cierto que no son necesarios conocimientos militares para entender que no convenía entretenerse en operaciones secundarias, cuando el enemigo estaba preparándose á intentarlas decisivas. Se hubieran prevenido gravísimos riesgos, y evitado considerables pérdidas, si al acometer D. Carlos su empresa se hubiesen hallado las tropas de la Reina ocupando los puntos convenientes para recibir con ventaja al ejército invasor. Fué preciso marchar á ocuparlos á toda prisa, según lo demandaba la urgencia del peligro, y lo permitían las circunstancias, corriendo entre tanto el trono de Isabel tan terribles azares, que no se alcanza cómo de ellos salió bien parado, sino atendiendo á la mala dirección que presidió á los negocios de Don Carlos desde la muerte de Zumalacárregui.

Es curioso observar la conducta de Espartero en aquella campaña: fuese plan, fuese casualidad, lo cierto es que nunca tuvo con el ejército expedicionario una batalla formal. Iribarren, Meer, Oráa, Buerens, todos midieron sus fuerzas con el enemigo, con buena ó mala fortuna: sólo Espartero, general en jefe, y llevando á sus inmediatas órdenes tropas escogidas, maniobró de tal manera que no se vió nunca empeñado en un lance decisivo. Diráse que el enemigo le huía el cuerpo; pero cuando atravesó por el centro de la Península, no parece que debiera de ser tan

difícil precisarle á pelear; y lo que lograron los subalternos no habia de ser imposible al jefe. Además, que un ejército tan numeroso, y que amenaza la capital de la monarquía, no se escurre y desbanda á manera de pelotones de somatén. ¿Sería aventurado sospechar que Espartero siguiendo su sistema favorito, dejó para los otros los compromisos y riesgos, reservándose recoger el fruto si es que llegara á sazón? Para aclarar estas dudas, veamos lo que nos indican los acontecimientos sucesivos.

Vueltos á las provincias del Norfe los ejércitos beligerantes, castiga Espartero los asesinatos de Sarsfiel y Escalera. Aquellas escenas, á la par grandiosas y terribles, contribuyeron de una manera muy particular al realce de su nombre, restableciendo y afirmando la disciplina tan relajada por las revueltas civiles y las mismas circunstancias de la guerra. Con tan justa severidad se afianzó en su puesto el general en jefe, y labró la mayor parte de su afortunado porvenir. Mas, no se empaña el elogio, por haberse enlazado en la acción aplaudida los intereses de quien lo merece, con los derechos de la justicia, y con la conveniencia pública.

En adelante redújose el plan de campaña de Espartero á mantenerse en la defensiva, cubriendo la línea de fortificaciones que circuían el país enemigo, y esperando que alguna nueva tentativa de invasión llevase á las fuerzas de D. Carlos á operar en terreno para ellas menos ventajoso. Este sistema de guerra, si bien fastidioso y estéril, era el único posible, atendido el espíritu y la posición del país, los numerosos y aguerridos batallones que lo defendían; pero adoptándole Espartero no hizo más que seguir lo que le habia enseñado el general Córdova, con la práctica y por escrito. La experiencia de la guerra con los franceses, la del año 22, y sobre todo los desastrosos principios de la presente, estaban confirmando la opinión del ilustre caudillo; pero leída su famosa Memoria, adquirían los hechos tal grado de evidencia, que era preciso cerrase los ojos quien quisiese resistir á la fuerza de la verdad. Si el ejér-

cito de la Reina se hubiese desviado de este sistema hubiéranse repetido las escenas de las Amezcuas, y quizás fueran todavía más calamitosas; porque si bien estaba mejor organizado y disciplinado que en tiempo de Valdés, en cambio, los batallones de D. Carlos eran más numerosos, contaban con más fortificaciones y otros medios de defensa, habian adquirido la convicción de que ocupaban posiciones inexpugnables, y habrían sabido aprovechar mejor la victoria que no se hizo en aquella desastrosa retirada. El mismo Zumalacárregui no estuvo á la sazón bastante penetrado de la fuerza propia y de la debilidad de su enemigo.

Después de larga inacción, sólo interrumpida por sucesos de escasa importancia, hicieron grandes preparativos para dar otro golpe decisivo, que inclinara un tanto la balanza á favor del ejército de la Reina. Estella, Morella y Solsona, debian ser atacadas á un tiempo. Solsona fué tomada por el barón de Meer; Oráa sufrió un descalabro en el asalto de Morella, y se vió precisado á retirarse; Espartero que tan grandes y ruidosos preparativos habia hecho para atacar á Estella, no atacó. De esta suerte quedó desvirtuado el general del ejército de Aragón y Valencia, cuya reputación militar podía servir de estorbo al del Norte; y no corrió escaso riesgo de la misma suerte el de Cataluña, cuya fama iba creciendo hasta un punto que debia de infundir recelos á la ambición desapoderada.

Los dos generales que operaron, no contaban con fuerzas y recursos bastantes para acometer sus respectivas empresas; las acometieron sin embargo, uno con próspera, otro con adversa fortuna; ¿por qué no desempeñó Espartero la parte que le cabía? ¿no fuera lícito sospechar que entonces como antes trató de eludir compromisos, manteniéndose en expectativa, y no poniendo en peligro ese mando que tan caro le era, y que tan ambiciosos proyectos le inspiraba?

Además, que no fué pequeño triunfo el deshacerse de un general tan entendido como Oráa, y cuya severa probidad

no infundiría muchas esperanzas de que con el tiempo secundase designios villanos. Por lo tocante al barón de Meer, bien pronto debía llegarle su turno; y entonces Espartero, cuya imperativa influencia habría hecho ya desaparecer el ejército de reserva comenzado á organizar por Narvaez, quedaba sin rivales temibles, único dueño de la situación, pudiendo ensayar sus fuerzas sobre la corte que tan ciegamente se había entregado en sus manos. Elevado al ministerio el general Alaix, íntimo allegado de Espartero, fué una especie de inauguración del poder del general en jefe. Cabalmente el nuevo ministro se encargó de su alto puesto inmediatamente después de haber sufrido un encuentro desgraciado: esta circunstancia, que por cierto no era muy favorable al prestigio del secretario del despacho, no podía ser desagradable á quien lo hacía nombrar; cuanto menos brillase la persona de Alaix, tanto más resaltaba la preponderancia de quien lo enviara.

Nada diremos del mérito de las acciones de Ramales y Guardamino; á ellas debió Espartero el título de Duque de la Victoria; observaremos no obstante, que no habían transcurrido dos meses desde los fusilamientos de Estella, y que á la vuelta de tres, el jefe del ejército enemigo se entregó á Espartero, con todos los batallones que le fué posible reunir. Entre tales sucesos, no asienta muy bien el título de *Duque de la Victoria*. Como quiera, sería de desear que el general Maroto que tan escaso fruto reportó de las negociaciones, franquease los secretos de su cartera á los que intentasen escribir la historia. Es sensible que un acontecimiento tan trascendental como el de Vergara esté envuelto todavía en densa obscuridad; Maroto llegó al término de su carrera militar y política el día que se abrazó con Espartero, y á éste le cupo la misma suerte al embarcarse en el puerto de Santa María; perteneciendo ambos personajes á la historia, fuera muy del caso que vieran la luz documentos que no podrían menos de ilustrarla. Las revelaciones de Aviraneta podrían aclararse con las de Maroto. No sabemos si la política inglesa tendrá interés en

que se guarde el secreto; pero en tal caso existe un nuevo motivo para avivar la curiosidad.

Luego del abrazo de Vergara, comenzó el puritanismo constitucional de Espartero; desde entonces, ya no fué el general que celoso del orden público felicita al gobierno por haber dado un golpe anticonstitucional al *Guirigay* (1); es un parlamentario rígido que nada quiere hacer sin el consentimiento de las Cortes, es un fiel observador de los

(1) Insertamos á continuación el siguiente notable documento en el cual no escasea Espartero las más duras calificaciones al mismo partido á quien luego aduló con tanta afectación. Extraña coincidencia; la comunicación es de fecha 18 de Julio de 1839; en 18 de Julio de 1840 tuvieron lugar los acontecimientos de Barcelona.

Oficio que pasó el general en jefe del ejército del Norte al señor ministro de la Guerra felicitando al gobierno por la energía que desplegó al suspender la publicación del periódico exaltado El Guirigay.

Excmo. Sr : Habiendo llegado á mi noticia que el gobierno de S. M. acordó se suspendiese la publicación del periódico titulado *El Guirigay*, á consecuencia de haberse atrevido sus redactores á dirigir infames y bajas injurias á la augusta Reina Gobernadora, procuré la adquisición del número de dicho periódico que contenía tan inaudito ultraje, y su lectura ha producido en mi ánimo la justa indignación que no puede menos de excitar tan escandaloso desacato.

Yo faltaría, Excmo. Sr., á uno de mis primeros deberes, si en esta ocasión guardase silencio y no elevase mi voz para hacer partícipe de mis sentimientos al gobierno de S. M., al ejército y al público. Mi manifestación será franca y sincera, aun cuando los perversos que se complacen en la ruina de esta desventurada patria, quieran atribuir torcidas intenciones y bastardos fines á lo que es un celo puro y deseo ardiente de su prosperidad.

La mayoría de los españoles que desea ver afianzada la Constitución que nos rige, y con ella el trono legítimo de Isabel II, deplorará como yo esa perniciosa licencia, ese desenfreno de la miserable pandilla, que escudada de la libertad de impren-

principios liberales, aun cuando por ellos debiera encenderse de nuevo la guerra; la Constitución y nada más que la Constitución; el *héroe de las cien batallas*, en el momento de hallarse en el apogeo de su prestigio y poderío, se siente acometido de los escrúpulos constitucionales de una manera tan delicada y ejemplar, que deja edificados y confundidos á los más ardientes liberales. Un abrazo en Vergara terminó una era; un abrazo en las Cortes inauguró

ta, desgarrar y escarnea hasta lo más sagrado con sus furibundos ataques, emponzoñadas máximas, y anárquicas contestaciones. Esa despreciable fracción de hombres inmorales que proclamándose defensores del pueblo, todo lo atropellan para llegar á sus reprobados fines, y sumirlo en mayores desgracias, no puede tener otra más justa calificación que la de traidora á la noble causa que maliciosamente aparenta defender. Esta clase de hombres sin títulos que recomienden sus personas, sin propiedad que asegure la buena fe de sus exageradas máximas, sin compromisos, y sin virtudes reconocidas por hechos consumados, quieren arrastrar y someter á su tiránico yugo á la masa general de los españoles que sostienen el Estado ó le defienden, exponiendo todos los días su existencia. La libertad de escribir y de publicar las ideas debe protegerse cuando no perjudica á la salud de la patria. A esta salud deben ceder todas las consideraciones; y las leyes por más justas y convenientes que se creyeran al recibir su sanción, tienen que quedar de hecho suspendidas cuando el bien de la patria lo reclama.

La nación española, tal vez la primera de la culta Europa que reconoció sus derechos y las ventajas del gobierno representativo, ha sido constantemente presa de la esclavitud; y las transiciones favorables, que como aureola de su felicidad, se han reproducido en el siglo presente, fueron combatidas para volver al depresivo estado que imprime el despotismo.

Las opiniones se dividen, queriendo cada cual según su prisma de observación señalar las causas exclusivas de la pérdida libertad; pero yo encuentro en esa misma división una esencialísima que puede hasta en el día hacer se malogren tantos sacrificios y sangre vertida para consolidar nuestras instituciones. La experiencia de clásicos errores no ha servido de maestra; y ni aun el terrible desengaño de que algún periódico

otra: el primer abrazo arrojó de la Península á D. Carlos; el segundo abrazo señalaba á Cristina el camino de Valencia; ¡cosa notable! fervientes reconciliaciones, *nuevos abrazos* condujeron á Espartero á bordo del *Malabar!*...

Nuestros lectores no habrán olvidado que en Octubre de 1839 tuvo lugar en las Cortes una escena tan ruidosa como *tierna*. Pronunció el Sr. Olózaga un largo discurso en que manifestó algunas sospechas sobre el ministerio, no

co como el *Zurriago*, de triste recuerdo, era el instrumento asalariado para encender la discordia y entronizar el despotismo, sirve de lección para alzar un grito unánime que repruebe y proscriba á todo el que promueva el desorden con escritos incendiarios y toda máxima que perjudique en lo más mínimo al pronto y seguro triunfo de la causa que defendemos.

Si fueran necesarias pruebas para convencer del daño que la ocasionan los escritos alarmantes y calumniosos, bastaría el examen de los boletines rebeldes, atestados de copias de lo mucho que publican algunos periódicos poco circunspectos ó guiados del espíritu de partido. Pero lo que no podía concebirse ni esperarse, era el remarcable escándalo de verse públicamente ultrajada la sagrada é inviolable persona de la Reina Gobernadora; y si el gobierno, en las críticas circunstancias en que se encuentra la nación, no hubiese prescindido de consideraciones que podrían tener lugar en un estado normal, atajando el escándalo que comprometía el orden y precipitaba la causa, habría á mi modo de ver, comprendido mal sus deberes, respecto de la dignidad de la corona y las facultades que le concede el art. 43 de la Constitución jurada.

Como general en jefe de este ejército, creo conveniente felicitar tan oportuna determinación, y no aventuro nada asegurando á V. E. que estos son los sentimientos de todos los individuos que están á mis órdenes, tan dispuestos á combatir á los rebeldes, como á toda clase de enemigos de la Constitución y del trono legítimo de Isabel II, sea la que quiera la máscara con que se encubran. Díguese V. E. admitir esta expresión pura y sincera de mis sentimientos, que hago pública, por creer que así contribuyo al bien de mi patria y de mi Reina. Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Amurrio 18 de Julio de 1839.—Excmo. Sr.—El Duque de la Victoria.—Excelentísimo Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra.

sólo por el modo con que se había formado, sino también por la conducta que observaba. Mediaron contestaciones, acaloróse el debate; pero al fin, merced á declaraciones conciliadoras y amistosas, se abrazaron el Sr. Olózaga y el Sr. Alaix, imitando en seguida el ejemplo los demás diputados y ministros en medio de los aplausos de las galerías. Los mismos que se abrazaban no sabían lo que significaba aquel abrazo. El poder militar cada dia más pujante, y que amenazaba invadirlo todo, se aliaba entonces con un partido á quien antes tratara con la dureza que acabamos de ver. Esto auguraba á la infeliz España males sin cuento. Con no menos gracia que verdad dijo á la sazón el festivo Abenamar, hablando de la que él apellidaba *escena tierna y lagrimosa* :

Lloraban los diputados,
Lloraban las galerías,
Lloró la mesa y los bancos,
Lloró del trono la silla.
Los taquígrafos lloraban
Y lloraban las cuartillas,
Y por llorar, *toda España*
A su tiempo lloraría.

Pacificadas completamente las provincias del Norte, la opinión pública creía estar ya viendo al general de los ejércitos reunidos, cual se arrojaba con la velocidad del rayo sobre Cabrera y en seguida sobre el Conde de España, aprovechando la terrible impresión que en las fuerzas carlistas de Aragón y Cataluña acababan de producir los colosales sucesos del Norte. Por más fuerte que se quiera suponer á Cabrera encastillado en Morella y Cantavieja, ¿quién podía pensar que se emplearían ocho meses en desalojarle del país? ¡Y cuánto aparato! ¡cuántos preparativos para el sitio! Las cartas del cuartel general, y el Manifiesto del Mas de las Matas, bien claro indicaban que Espartero no perdía el tiempo; y que su inacción militar ocultaba la actividad de las intrigas, que debían comenzar

á desembozarse en Barcelona para llegar al triste desenlace de las playas de Valencia.

Ignoramos si hay algo de verdad en lo que se ha dicho sobre inteligencia entre Espartero y Cabrera; no ha faltado quien sospechara que éste último había cedido á las proposiciones del general enemigo, y que su paso por Cataluña no fué sino para llevarse á Francia los batallones de Cataluña. Sea como fuere, no deseamos que se nos achaque que nos hemos propuesto rebajar en todos los acontecimientos el mérito de Espartero; y así nos abstendremos de formar el juicio sobre aquellos hechos, no teniendo á la vista datos suficientes. La enfermedad de Cabrera sobrevino también en ocasión muy oportuna para los designios del afortunado jefe de los ejércitos reunidos; y la conducta observada en Berga por el caudillo carlista fué, cuando menos, algún tanto misteriosa. Para abandonar la plaza y marchar precipitadamente al extranjero al presentarse las guerrillas del enemigo, no necesitaba Cabrera hacer á sus subordinados tan animosas promesas, y divertirlos con festivas y bulliciosas demostraciones. Fuese convicción de la inutilidad de la resistencia, fuese otro el motivo, lo cierto es que los sucesos manifestaron que Cabrera al atravesar el Ebro no tenía intención de pelear más. Nada sucedió que pudiera hacerle cambiar de plan; porque la fuga de Segarra, general de los carlistas de Cataluña, más bien le dejaba el terreno despejado que no se lo embarazaba. La prueba más clara de que podía contar con la decisión de todos los batallones catalanes, la tenía en que el caudillo que meditaba proyectos de transacción tuvo que escaparse solo, sin poder llevar consigo, ni una escolta de cuatro caballos, y con gravísimo riesgo de la vida. Añádase á esto que Espartero le dejó libre á Cabrera el paso del Ebro, no obstante de que al parecer le interesaba cerrárselo para impedir su reunión con las fuerzas de Cataluña; mayormente cuando tomados los fuertes, le era muy fácil destruirlo en pocos días, contando como contaba con un ejército tan imponente, y teniendo en su apoyo el irresistible

curso de tantos y tan prósperos acontecimientos. Nos abstenemos de juzgar; pero consignamos los hechos por si pueden arrojar alguna luz.

La lentitud de operaciones que tan beneficiosa fué á Espartero, podía ser muy fatal á la causa de la Reina; porque no habiendo desistido D. Carlos de su pretensión, antes continuando con empeño en alentar á sus defensores, podía acontecer muy bien que se encendiese de nuevo la guerra civil en las provincias donde se había logrado su focarla, y se aplazara para mucho más tarde su decisiva terminación. Es indudable que con los sucesos de las provincias del Norte, la causa carlista había sufrido una pérdida irreparable; pero también lo es, que las fuerzas de Aragón y Cataluña no eran para despreciadas; y que si se hubiesen visto apoyadas por una nueva insurrección en Navarra, por poco considerable que hubiera sido, se habría hecho muy difícil el hacerles abandonar el campo. La fuerza moral del suceso de Vergara, que en Septiembre de 1839 era irresistible, había perdido ya mucho en Febrero de 1840; y sabido es que en todas las guerras, mayormente en las civiles, la fuerza moral es á menudo más decisiva que la realidad de los hechos. Más de 30 batallones le quedaban todavía á D. Carlos después de la defección de Maroto; y sin embargo no resistió á la aterradora fuerza moral de tamaño acontecimiento; pero es bien seguro que si en la primavera de 1840 se hubiesen visto de nuevo en campaña una docena de batallones navarros, habrían cobrado tal ánimo los defensores de este príncipe, que la guerra civil no habría terminado aquel año. Las mismas circunstancias que se miran como muy difíciles en la caída de una causa, cuando en ella ha empezado á cundir el desaliento, son consideradas como muy ventajosas en los momentos de esperanza. Así, quien debía salvar el trono de Isabel lo exponía con su lentitud á nuevos y gravísimos peligros.—*J. B.*

ESTUDIOS POLÍTICOS.

ARTÍCULO 1.º

EL ALTO CUERPO COLEGISLADOR.

No ha faltado quien opinase que los gobiernos representativos eran una transición de la monarquía absoluta á la república. Poco aficionados á pronósticos, y muy desconfiados de la previsión del hombre, no hacemos mucho caso de cuanto se nos anuncia para los tiempos futuros, aun cuando los heraldos del porvenir sean Chateaubriand ó Lamennais. Como quiera, no puede negarse que los modernos sistemas de gobierno presentan anchuroso campo á todo linaje de conjeturas, y que no faltan indicios que abonan la opinión indicada.

Los gobiernos representativos, tales como los concibió y planteó la filosofía política del siglo xviii, están basados sobre la desconfianza, garantidos por la división, vivificados por la oposición y sostenidos por la lucha. La constitución francesa, obra de la Asamblea constituyente, y la de Cádiz de 1812, son convincente prueba de esta verdad. La razón y la experiencia han hecho patentes los males que acarrea un gobierno de esta naturaleza, y han aconsejado algunas reformas de mucha consideración; sin embargo, no era posible obviar todos los inconvenientes, ya que no se quería condenar su origen.

La creación de un cuerpo legislativo mediador y el veto absoluto concedido al monarca, son los dos sacrificios principales que el espíritu democrático ha consentido en imponerse, quizás en obsequio de su propia conservación.